



*Aman niñuy manchankichu
rumi chijchi hatariqtin;
aman niñuy waqankichu
yawar unu puririqtin.*

Estribillo de *wayliya* para animar a los peleadores

Takanakuy, sagrado y profano

La etimología de esta palabra quechua nos muestra la flexibilidad semántica que caracteriza a esta lengua. *Takay* significa “golpear; destrozarse; martillar; machacar”; mientras que *na* denota obligación y *kuy* indica una acción reflexiva e imperativa (de uno a otro/de uno a sí mismo). *Takanakuy*, pues, no tiene una traducción literal sino que engloba a los múltiples significados que guarda este ritual chumbivilcano que se desarrolla desde la primera quincena de diciembre hasta finales de enero en diferentes localidades de la provincia.

El sentido y la forma del *takanakuy* coinciden con rasgos del temperamento del *qorilazo*: el despliegue de la fuerza física, la valentía y el arrojo, incluso el arreglo de hechos que no se hicieron con justicia en su momento.

Tratándose de una práctica compleja y permeada por distintas vertientes culturales e históricas, no hay un acuerdo respecto a su origen. Se sabe que en otros tiempos se llamó *yawarmayu*, o río de sangre. Arturo Villena sostiene que en Colquemarca, en tiempos de la hacienda del siglo XVIII, dos familias terratenientes, muy ricas, rivalizaban de manera irreconciliable. Eran los Oblitas y los De la Cuba². Se trataba de un asunto de dominación y liderazgo.

Los De la Cuba en una ocasión llevaron a la hacienda a esclavos negros desde Lima, en el supuesto que estos hombres fuertes resultarían letales en la lucha contra los Oblitas. Así, por las noches cubrían los rostros y manos de los esclavos y los lanzaban a riñas muy cruentas con la gente de la familia enemiga. Esta familia descubrió el ardor e hizo lo propio, subió a sus esclavos negros.

De esta manera, en cada ocasión colectiva, fiesta, feria, los esclavos de los dos grupos se liaban cuerpo a cuerpo, a patadas y puñetes. Parece que en una Navidad se armó una bronca que aniquiló a los Oblitas. Este hecho —entre lo real y lo mítico— luego se recreó en Santo Tomás y dio la fecha, la expectativa y la euforia al *takanakuy* allí.

¹ *Diccionario runasimi*, <cosmovisionandina.org/runasimi/runasimi.php>

² Al respecto volver a la introducción, a la parte en que se reseña la historia de las luchas independentistas en Chumbivilcas.

◀ El *takanakuy* permite que los hombres se transformen en animales totémicos.



► Vigoroso derecho en una de las tantas peleas que se dieron en el *takanakuy* de Llique.

Hay una música específica para estas celebraciones: la *wayliya*; para ciertos estudiosos, el equivalente del villancico español. La *wayliya* anima la fiesta, el baile y trago, todo financiado por familias y amigos cercanos a los *karguyuq*. El conjunto de la *wayliya* estaba tradicionalmente compuesto por una mujer mayor que era la primera voz (“guía”) y dos o tres jóvenes que la secundaban en el canto, que se acompañaba con arpa y violín. No se estilaban el acordeón, la mandolina ni la guitarra, como es costumbre en la actualidad.

En la casa de uno de los *karguyuq* en el poblado de Llique antes de las peleas, doña Benita Vargas era la “guía”, quien con una potente voz en falsete que recopilaba la experiencia de todas las *wayliyas* del pasado, entonaba canciones y tocaba una sonaja que marcaba el *tempo*, cargando botellas de anisado en la *llixlla*. El resto de las mujeres le seguían cantando mientras bailaban los hombres-vizcacha, los gavilanes, los venados, quienes bromeaban. Ese era el tono de voz que se escuchaba por las calles y entre la música.

Lo primero que llama la atención al foráneo cuando se enfrenta al *takanakuy*, es la coexistencia de esta práctica de lucha intensa y cruenta, con la ternura de la fiesta navideña. Sin embargo, si se analizan las actividades colectivas en las comunidades andinas, se descubre que los dos polos de un hecho siempre están juntos, se alimentan uno del otro, no son contrarios ni contradictorios, se complementan: es la condición humana.

En otros tiempos la pelea se daba solo entre dos bandas rivales por tradición: Niño y Belén. Con el tiempo esto ya no es así, puede pelear quien quiera hacerlo. Las motivaciones también son otras. Antes eran desafíos de fuerza, virilidad y búsqueda del triunfo sobre el otro.

Hoy intervienen conflictos de tipo personal —tierras, mujeres, linderos, entre otros— que distancian y enfrentan a los luchadores; siendo el *takanakuy* más directo y premeditado al buscar a un rival con nombre y apellido. Pero no todo es rencor. El concepto de la lucha aún mantiene también mucho de lúdico y deportivo.

En la plaza de toros enlodada de Santo Tomás, dos señoras de la comunidad de Lara ya tienen las trenzas recogidas en una sola cola y se han colocado cinchos en la cintura. Se dan la mano, un beso, abrazo, y arrancan con los manazos violentos.

Al terminar, ambas con narices ensangrentadas dicen, “Amistoso nomás hemos peleado”. Se limpian la cara y las manos con papeles, cintas de lana tejida y después agua. “Bacán han bronqueado... limpio”, dice un lareño orgulloso de la estirpe Baca Quispe.

Bajo estos conceptos y tradiciones es que hasta hoy se celebra esta fusión de culto católico, especialmente cariñosa y maternal, con una feroz pelea que desafía reglas, vierte sangre, eleva la temperatura del pueblo pero concluye con gestos de amistad entre los contrincantes, antes de irse a reconciliar con unas cervezas.



